

LITERATURA DE URGENCIA

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

El título de este breve ensayo acaso haga pensar en el botiquín o en la cura de urgencia trasladados a lo literario. Algo puede haber de esto, en efecto. Mas no se crea que voy a referirme a una literatura rápida —a “libros de un momento” para el autobús, el tranvía o el vagón de ferrocarril—, sino a la urgente necesidad —“libros de todo momento”— de una literatura menos complicada, retorcida o vulgar que la actual.

El lector de hoy, herido en su sensibilidad por una ola de *tremendismo*, o acosado, más que nunca, por la vulgaridad impresa de quiosco callejero, necesita una cura urgente, pero definitiva, mediante el botiquín espiritual de una literatura más sana, más sencilla y cordial. En este sentido debe entenderse el título “Literatura de urgencia”, refiriendo ésta, en general, a la novela.

El tema —complejo y difícil— es de los que invitan a meditar. Debo confesar que a mí, profesional y vocacionalmente, me apasiona. Sin embargo, pretendo tratarlo, a la vez que con sinceridad, con amplitud y con la máxima objetividad posible.

Creo, en definitiva, que a todos, como españoles, y, si se quiere, incluso también como ciudadanos del mundo, nos debe interesar un tema de tan honda raíz humana como éste.

Voy a desarrollarlo, dentro de toda la brevedad exigible en un artículo, en tres tiempos:

una *introducción*, sobre el valor estético, ético y social de la literatura; un *intermedio*, acerca del panorama literario actual (literatura para minorías y para masas); y un *final*, que es, propiamente, el título de este trabajo: literatura de urgencia, es decir, literatura para todos y para siempre.

INTRODUCCIÓN: VALORES ESTÉTICO, ÉTICO Y SOCIAL DE LA LITERATURA

La literatura, como arte, supone un esfuerzo creador de belleza. Pero ¿qué significa la creación artística? ¿Es, acaso, la imitación de la naturaleza, como pretenden los realistas? ¿O crea un mundo distinto del mundo de la realidad, como sueñan los idealistas?

He aquí un problema eterno con el que vienen tropezando, de siempre, todos los creadores de belleza.

El arte no es sólo imitación servil de la naturaleza: viene a ser un compendio de ésta formado por la imaginación. Es también una ilusión. Supone una contemplación del mundo, en efecto; pero una contemplación que no se limita a reproducir el mundo exterior, sino que debe aspirar a penetrar en su espíritu.

El arte vale más cuanto es más elevado el ideal que lo inspira. Como ha dicho Reynaud (1), “no alcanza el arte su plena dignidad cuando se limita a deleitar al hombre, sin llegar a despertar su entusiasmo por aquellas cosas que engrandecen su vida”.

En el arte, además, hace falta equilibrio. Sin una ecuación perfecta de valores estéticos y humanos, no hay arte posible. Así, el famoso crítico y esteta inglés John Ruskin (2) afirmaba, con muy ponderada exactitud, que “arte bello es aquel en que la mano, la cabeza y el corazón marchan juntos”.

Para Goethe (3), “el deber, el querer y el poder tienen que estar simultáneamente presentes en todo arte, si se quiere lograr algo”.

• • •

Vemos, pues, que la moral no es una rémora para el arte. El problema de su recíproca re-

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA pertenece al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y dirige actualmente la Biblioteca Pública y Centro Coordinador de Soria. Es correspondiente de la Real Academia de la Historia. Ha publicado varios libros: “El Humorismo”, “El libro y la Biblioteca”, “Mil obras para jóvenes”, “Centros Provinciales Coordinadores de Bibliotecas” y “Bibliotecas viajeras” (estos tres últimos, editados por el Servicio de Publicaciones), y una “Gramática de la Lengua española”. En el núm. 2 de nuestra REVISTA DE EDUCACIÓN publicamos de este mismo autor el artículo “Aspecto social de la lectura”, galardonado con uno de los premios “Fiesta del Libro”, en 1952. El presente artículo subraya la necesidad de una literatura más sencilla, más sana y más española, que pueda ponerse en manos de todos los lectores.

(1) *Terre et Ciel*.

(2) *A Riemer*, 1809.

(3) *The two Paths*, II.

lación ha suscitado siempre acaloradas polémicas. Pero el ideal moral es una realidad innegable. Es verdad que prescribe normas y, por lo tanto, llega a limitar la actividad creadora del artista; éste, sin embargo, tiene el deber de respetar tales normas, precisamente porque la ética es un imperativo que defiende la vida hasta en su más profunda raíz.

Frente a quienes se engañan suponiendo erróneamente que el arte necesita de lo abyecto y de lo corrompido para adquirir vigor, es de justicia afirmar que la comprensión de la vida moral significa una envidiable y preciosa cualidad estética. *La Divina Comedia*, por ejemplo, es una cima de la literatura universal. Y esta obra de Dante, que desafía al tiempo, porque es una obra de ayer, de hoy y de siempre, supone una perfecta ecuación entre la ética y la estética.

La literatura puede ufanarse, a veces, de haber logrado uno de sus más nobles valores estéticos: el de sugerir sentimientos morales. Tal es el sentido de un conocidísimo pensamiento de La Bruyère (4): "Cuando una lectura os eleva el espíritu, os inspira sentimientos nobles y valerosos, no busquéis ya más regla para juzgar la obra: es buena y hecha por mano maestra".

No teman, pues, los escritores esa especie de cárcel que han creído hallar, a menudo, en las normas de una moral estricta. Piensen que la transgresión de los principios morales supone un quebrantamiento de las leyes de la naturaleza y de la vida, fuente perenne del arte. Y sin dejarse llevar tampoco por ciertas influencias del medio ambiente, no olviden aquellas palabras de Federico Schiller (5): "No es cierto lo que comúnmente suele afirmarse: que el público envilece al arte; el artista es quien envilece al público".

* * *

El artista, gran independiente, gran individualista, a menudo pintoresco y bohemio, no pocas veces rebelde o refractario a las normas sociales, carece en nuestro país de la influencia de que goza en otros, en Francia, por ejemplo. En España, cuando más, puede aspirar a una relativa notoriedad —siempre inferior, desde luego, a la de cualquier futbolista—, y a que, después de su muerte, se le erijan estatuas, se celebren en su honor póstumos homenajes y lejanos centenarios, o se convoquen concursos acerca de la significación de su obra o respecto a ignorados rincones de su molesta y triste vida. Muchas veces, esta "desatención pública —como ha dicho Ortega (6)— desmoraliza al escritor, induciéndole sin remisión a la

irresponsabilidad". De aquí dos consecuencias lamentables: una, que el escritor se encierre en su torre de marfil y, escondiéndose tras la concha de su tertulia, escriba para una minoría de iniciados o incluso para el *clon poético* al que pertenece; la otra, que malgaste sus posibilidades artísticas y, al encaminarse por la línea de menor resistencia, tome el rumbo más fácil: el de halagar al público, que es el único medio de ganar algún dinero con la pluma.

Así, la literatura (y, con frecuencia, la infra-literatura) sigue cada vez derroteros más extraños, para acabar en la minoría o en la masa. De este modo, la influencia social del escritor muere, muchas veces, antes de nacer.

La obra de arte es siempre el producto de un medio social. La literatura, especialmente, como ya observó hace más de un siglo Madame de Staël (7), es "la expresión de la sociedad". Algo más tarde, Guyau (8) e Hipólito Taine (9) desarrollarían sus conocidas teorías sobre el arte desde el punto de vista social. De entonces a hoy, se ha venido observando, por una parte, la influencia del medio ambiente sobre el arte, y por otra, la influencia de las bellas artes —principalmente, de la literatura— sobre las leyes, la religión y las costumbres. La literatura y el escritor están, por lo tanto, inmersos de lleno en la sociedad.

INTERMEDIO: PANORAMA LITERARIO ACTUAL (LITERATURA PARA MINORÍAS Y PARA MASAS)

Como precedente y ambientación necesarios para enfocar mejor el panorama literario actual, conviene que nos detengamos unos momentos mirando hacia atrás. La primera mitad ya transcurrida del siglo supone una perspectiva histórica suficiente. Volvamos los ojos a 1900...

Entonces vivían aún don Juan Valera, Núñez de Arce, Pereda, Echegaray... Se hallaban en plena sazón Galdós, Leopoldo Alas, la Pardo Bazán, Menéndez Pelayo, Jacinto Octavio Picón, Salvador Rueda, el Padre Coloma, Mariano de Cavia y Palacio Valdés. Blasco Ibáñez era el novelista joven de la época, en tanto que Benavente había estrenado su primera comedia —*El nido ajeno*— hacía media docena de años, y dos jóvenes andaluces —los Quintero, hermanos en la sangre y en las letras— acababan de darse a conocer, un par de años atrás, con *La buena sombra*...

Desde fuera, nos llegan aires renovadores y revolucionarios: Nietzsche, "Gorki", Hauptmann, Strindberg, Ibsen, D'Annunzio, Marinetti, Maeterlinck, Bernard Shaw...

(4) *Caractères: Des ouvrages de l'esprit.*

(5) *Vorwort zu der Brandt von Messina.*

(6) José Ortega y Gasset: *Obras completas*, III, página 490 y sigs.

(7) "De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales".

(8) *L'arts au point de vue sociologique.*

(9) *Filosofía del Arte.*

Dentro de la piel de toro del mapa ibérico surge también una generación nueva, preludiada ya muy de atrás por Larra, Ganivet y "Clarín": es la tan discutida generación que se llamará más tarde *del 98*. Sus hombres se preocupan de España. Contemplan su paisaje. Enfocan sus problemas. Traen un espíritu revisionista y crítico. Significan el más vivo contraste de cuanto les precede y les rodea. Junto a ellos, otro grupo inmediato: el de los *modernistas*. Todo, en esos años prologales del siglo, está imbuido por la estética del modernismo: la arquitectura —con Gaudí a la cabeza—, los muebles, las modas, los libros, las revistas, el teatro y la vida misma...

"Rubén Darío" —el gran nicaragüense, que no puede silenciarse en la literatura española— introduce en la lírica un modernismo decorativo, orquestal y wagneriano; Valle Inclán —"ese gran don Ramón de las barbas de chivo"—, lo traslada a la prosa; Marquina, Villapesca y Martínez Sierra, al teatro llamado poético. Entretanto, Unamuno ya ha dejado sentir su gran influencia en el pensamiento contemporáneo; "Azorín", en la prosa y en la nueva sensibilidad estética; Benavente, en el teatro; Baroja, en la novela.

Fué aquella época pródiga en tendencias y en personalidades literarias. Triunfaba, por ejemplo, Gabriel y Galán; pero surgía ya la poesía pura de Juan Ramón Jiménez y de Antonio Machado.

Por otra parte, Madrid era el hervidero, el foco de una bohemia dorada, donde la *musa del arroyo* de un Emilio Carrère sonaba a Verlaine traducido, entre sorbo y sorbo de un café *con media*.

Era el instante en que un adolescente de talento, que suprimió el apellido porque le bastaba el sonoro nombre de Ramón, nos traía la *greguería*, y con ella, la gracia y la audacia de un humor nuevo. ¡Qué lejana ya la *cripta* de "Pombo"! ¡Qué olvidado aquel famoso cuadro de Solana! ¡Qué arqueológicos aquellos ya desaparecidos cafés literarios de Madrid!...

La novela de los entonces consagrados coexistía con la novela ensayística de Pérez de Ayala, la clasicista de Ricardo León, la poemática de Concha Espina, o la artística —y si parece mejor, con la narración colorista y exquisita— de aquel gran orfebre del idioma que fué Gabriel Miró.

En otro plano muy inferior, Felipe Trigo y una multitud de epígonos —época de *Los Contemporáneos* y *El Cuento Semanal*— cultivarían la novela erótica, tan en boga entonces, y hoy ya tan lejana, tan muerta y olvidada, como lo están ahora sus más genuinos representantes.

En el campo de la filología y de la historia, de la filosofía, la ciencia y la cultura ha surgido ya por entonces un grupo de jóvenes intelectuales —Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors, Marañón, Ramiro de Maeztu, et-

cétera— que han empezado a modelar una nueva época, incorporando a España a las últimas corrientes del mundo.

Y un día estalla la primera gran guerra. Mientras la juventud europea muere en las trincheras, nuevos *ismos* nacen, y con ellos, las literaturas *de vanguardia*. Otras modas, otras costumbres, otros ídolos: Picasso y Paul Valéry, Max Jacob y Apollinaire, Freud y Pirandello, "Charlot" y la Bertini...

Norteamérica ya se ha dejado sentir en el mundo. Con la postguerra confiada del Tratado de Versalles y la primera Sociedad ginebrina de las Naciones vienen los alegres años *veintes*. Con ellos, el "fox", el tango, las orquestas negroides de "jazz", la invasión dominadora del *cine* —ya espectáculo de hombre, no de niños, como lo había sido antes del año 14—, la irrupción de la *radio* y del fútbol. Ha surgido una juventud satisfecha de sí misma y engreída. Las mujeres fuman, beben, se pintan, se cortan el pelo y se acortan la falda. *Se hace deporte* y se baila el "charleston". El conde de Keyserling bebe cerveza, filosofa y viaja por España. Poco después, y en un día de abril, unas elecciones municipales cambian la faz política de nuestro país. Años inquietos y difíciles. Luego, el largo paréntesis de otros tres años de contienda civil. Poco más tarde, la segunda gran guerra mundial: "Sangre, sudor y lágrimas".

Ya estamos sumidos en un mundo distinto: el de la energía atómica, el de los plásticos, el de la *guerra fría*, el del predominio absoluto de la técnica y los más fantásticos avances científicos.

Bien se comprende que no es el mundo más propicio para el desarrollo de las artes. Falta ese clima de serenidad y esa calma creadora que necesitan los artistas. Nos hallamos ante un mundo —y ésta es la gran paradoja— cuya perfección técnica es el mayor enemigo que le amenaza de muerte; nos enfrentamos ante un evidente desequilibrio entre las conquistas científicas y técnicas y el bajo nivel moral y estético de muchos millones de hombres.

Dijérase que nos hallamos en medio de un gran período de transición. El panorama artístico y literario se ofrece, pues, anubarrado, inestable, contradictorio. Tratamos de buscar ávidamente, "snobísticamente" muchas veces, una postura. Mas no hemos conseguido hallarla todavía. ¿Dónde, cuándo, cómo la encontraremos? Resulta difícil predecirlo.

La moda se ve favorecida por la inestabilidad característica de nuestra época. Es curioso observar cómo las modas —que empiezan y terminan siempre por las dos cosas que más aborrecen: la singularidad y la vulgaridad— envejecen ahora mucho más de prisa, y cómo el vértigo de nuestro tiempo abandona unos *ismos* estéticos para reemplazarlos en seguida por otros nuevos, condenados también a fugacísima muerte. "El predominio que la moda

adquiere en la cultura actual —dice George Simmel (10)—, penetrando en territorios hasta ahora intactos, y en los ya poseídos intensificándose, es decir, intensificando el *tempo* de su variación, es puramente concreción de un rasgo psicológico propio de nuestra edad. Nuestra rítmica interna exige que el cambio de las impresiones se verifique en períodos cada vez más cortos.”

* * *

Pero meditemos ya en el panorama literario actual. De intento, que no por olvido, voy a omitir nombres de escritores y títulos de obras. Voy a referirme tan sólo al ambiente, al clima literario.

En primer término, hoy se respira, literariamente, una atmósfera de confusión. Es posible que, en general, exista hoy un nivel cultural más elevado en nuestros escritores. Pero nunca un poeta se ha parecido más que ahora a otro poeta, como se asemeja una gota de agua a otra. Por lo común, falta hoy potencia creadora, faltan personalidades literarias tan diversas y originales como hace cincuenta o treinta años. Faltan, asimismo, emoción y vibración humanas, faltan corazón y simpatía, falta humor, falta sinceridad.

Si, desde un ángulo de visión humorística analizamos las posibles causas, acaso no pueda existir una auténtica originalidad y una verdadera potencia creadora en una época en que la legión de los que escriben —poetas, novelistas, ensayistas, etc.— es casi tan numerosa como la de los que estudian el Bachillerato... Por otra parte, va a ser difícil precisar, dentro de poco, si la abundancia de concursos y premios literarios ha producido tal abundancia de escritores, o si la multitud creciente de éstos exige —para evitar un posible paro intelectual— la convocatoria de tantos certámenes.

Otro rasgo de la falta de potencia creadora es el sello marcadamente femenino de buena parte de la literatura —o con mayor exactitud—, de la novela actual. Este predominio de lo femenino es, sin duda, además de un reflejo evidente de la mayor participación de la mujer en la vida social, un síntoma de transición o decadencia, ya que pone de manifiesto la escasez de auténticos valores creadores, esto es, viriles. El genio es, por antonomasia, masculino. Refleja humorísticamente este clima femenino de la novela actual una graciosa caricatura publicada no hace mucho en una conocida revista semanal barcelonesa: aparece en el dibujo un sufrido padre de familia, que lleva de paseo a cinco niñas de diferentes tamaños. Se le acerca un amigo, y le pregunta: “¿No está usted preocupado por el porvenir de tantas niñas?” Y el heroico y congado padre contesta muy

tranquilo: “No. Dentro de poco, ya podrán aspirar al Premio “Nadal”...”

Observemos otro rasgo curioso de la literatura actual: el de la abundancia de traducciones, rasgo revelador de la carencia de una literatura de raíz genuinamente original y española. De las 3.683 obras publicadas en España durante 1948, 794 fueron traducciones. Es cierto que tal proporción ha disminuído algo en los años últimos. Pero, a este respecto, es interesante recoger las palabras siguientes del director del Instituto Británico en Madrid e insigne hispanista Walter Starkie (11): “Hay —dice— un síntoma significativo de la vida cultural en España que no quiero dejar de citar, y es el de las traducciones. Cuando llegué a España en 1940, y comencé a interesarme por la importación de libros ingleses, me encontré con que los autores más pedidos en España eran Chesterton, Belloc y Kipling. Y entonces, debido a la iniciativa de un editor barcelonés, el gusto por los escritores ingleses comenzó a crecer rápidamente, y un cuarto escritor católico, Mauricio Baring, ganó el favor especial del público.”

* * *

Como ya he advertido al principio, al hablar de literatura me estoy refiriendo a su género de mayor interés social, esto es, a la novela, el más ligado a la vida, no sólo por reflejarla con más fidelidad y precisión, sino por cuanto la misma novela es capaz de influir sobre la existencia humana.

Así, el pesimismo, la inestabilidad y la angustia del mundo presente se acusan, a veces con descarnados trazos, en la novelística contemporánea de todos los países.

El protagonista, el héroe del relato, dijérase que se borran, aniquilados por el medio ambiente. Suelen ser protagonistas sin personalidad, sin ideales, ni nobles ambiciones. Predominan los abúlicos, los amorales, los acomodaticios e incoloros, cuando no los tarados y enfermos. Con frecuencia, el ambiente —un ambiente cualquiera— es el verdadero protagonista de muchas novelas de hoy, consecuencia lógica de un mundo saturado de vivir, y en ocasiones, carente de espiritualidad. Recordemos —para no acudir a ejemplos españoles— una reciente novela de Alfred Camus, *L'étranger*, la más lograda, acaso, del existencialismo francés: en esa novela, como en tantas otras, el protagonista es el medio ambiente en el que se arrastran unos pobres seres indefensos.

Del siglo XIX a nuestros días, la trama argumental se ha reducido, hasta casi desaparecer en muchos casos. Así, el interés auténticamente novelístico de las peripecias del protagonista se debilita hasta lo increíble. La novela ha

(10) *Filosofía de la moda*.

(11) “El autor en España”, artículo en *The Author*, núm. 8, 1952.

llegado a convertirse en biografía de un rincón de la realidad, en un simple jirón de vida. Pero como ésta tiene, a veces, materiales de derribo, el clima de la novela actual tiende por ello, cada vez más, a esa sordidez, a ese retorcimiento, a esa crudeza que tanto priva en estos años.

Ha observado Weidlé (12) que "la crisis de la novela es, ante todo, crisis de imaginación creadora, es decir, impotencia por parte de los novelistas de crear argumentos, de crear mundos imaginarios y seres vivientes."

Baquero Goyanes (13), con fina agudeza crítica, considera la novela como el género más permeable, esto es, el más influido por las modas literarias de cada época, y la cree predestinada a combatir a la sociedad más que a protegerla, si bien tal oposición puede servir, a veces, de aviso y defensa. Advierte cómo la influencia de los relatos —oníricos e irreales— de Franz Kafka ha contribuido a la actual tendencia de suprimir de las novelas a los seres o personajes normales. Y concluye: "La primitiva novela iba dirigida al hombre sencillo y elemental de otras épocas; ser, por otra parte, que parece existirá siempre... La de hoy va dirigida al complicado hombre de nuestros días... En decadencia o en renovación, inferior o superior a la de otras épocas, lo que sí es cierto es que la novela contemporánea resulta el género más fiel a su época."

La conclusión de Baquero Goyanes no puede ser más desoladora. Sin embargo, son muchos los novelistas de hoy que acentúan las notas crudas y desagradables de la realidad. A veces incurren en un naturalismo falso, como elaborado cerebralmente o producido, más que en la vida misma, en un extraño laboratorio. Ciertas novelas de hoy —químicamente impuras— son algo así como podrían serlo, en un futuro alucinante, las que produjera la mente monstruosa y mecánica de un "robot", de un hombre artificial...

* * *

Y así, ha surgido el *tremendismo*, moda pasajera, sarampión literario del que ya vamos estando de vuelta, y cuya crisis se acerca. En su origen, hace una docena de años, pudo tener acaso —y éste sería su aspecto positivo— una intención sincera y valiente. Pero torció pronto ese camino, ya que no basta el talento de algún escritor. Y de esta forma, el llamado *tremendismo*, continuador actual del naturalismo decimonónico y *zulesco* que, una vez agotado, dió paso a esa extinguida novelística erótica, supone —entremezclado como está de existencialismos de importación, a lo Jean Paul Sartre— una visión falsa y desagradable de la vida, un tono tenebrista y exagerado, una

postura "épatante" como para asustar al "buen burgués" desde no menos burguesas tertulias de café.

El realismo o el naturalismo de Galdós y de Baroja, por ejemplo, están en la vida misma, en toda su raíz española, sin deformaciones ni complacencias.

En cambio, el naturalismo y el erotismo de los *tremendistas* de hoy suena, con frecuencia, a rebuscado o a traducido de esa novelística desquiciada, caótica, angustiada y alucinante de Faulkner, de Kafka, de muchos escritores del norte de Europa.

Parece como si un mundo de miserables, de anormales, de enfermos, fuera el único existente; dijérase que lo psiquiátrico es lo normal para muchos novelistas actuales, a los que sólo suelen inspirar los bajos fondos, los tugurios o los hospitales.

Por otra parte, el psicoanálisis de Freud —ya un tanto trasnochado— y esa multitud de complejos de todas clases, para uno y otro sexo, para todos los gustos y todas las edades, han creado también ese retorcido clima literario, e incluso un clima vital tan estúpido y falso como pedantesco. Personas hay —ingenuas y buenas personas, desde luego— que, influenciadas por tal variedad y superabundancia de complejos y casos patológicos, no diré que vayan a la tienda a comprarlos —eso sería exagerar—, pero sí que procuran identificar en una novela o en el *cine* los complejos que tienen o quisieran tener con los del protagonista del relato o de la película...

El *tremendismo*, en suma, puede tener, si se quiere, una faceta positiva: la de haber terminado con ciertas hipocresías y la de abrir la posibilidad de abordar determinados temas. Pero, en general, no ha logrado hacerlo con dignidad. He aquí su fracaso, y el que al hablarse de esta moda o corriente literaria tengamos que referirnos exclusivamente a su faceta negativa: la de fomentar un clima literario desagradable, escandaloso, feo y anormal, capaz de producir perturbadoras consecuencias éticas y estéticas.

* * *

Es muy difícil establecer, a veces, una frontera precisa entre literatura e infraliteratura: es decir, entre ciertas novelas *tremendistas* y esos folletones que devoran con avidez tantos lectores ingenuos.

Todo arte nuevo —como ha observado Ortega (14)— es impopular en virtud de un destino esencial, y escinde al público en dos grupos antagonicos: el de la minoría que lo entiende, y el de la mayoría, que no lo entiende. Por mi parte, me atrevería incluso a añadir un tercer grupo: ese que fluctúa entre la masa y

(12) Mariano Baquero Goyanes: *Problemas de la novela contemporánea*. Madrid, 1951.

(13) *Ibidem*.

(14) José Ortega y Gasset: *Obras completas*, III, páginas 353 y sigs.

la minoría, presumiendo de entender todos los *ismos* que se le pongan por delante...

Mas, por encima de todo, existe el público, el lector medio. Y el público apetece en los libros la vida, la emoción y la intriga. Exige acción, reclama personajes, necesita simpatía y calor humanos. También, de vez en cuando, necesita la terapéutica del humor. Y la verdad es que, por lo general, se encuentra sitiado, ya por esa literatura joven e impopular, para minorías —con frecuencia, alambicada e incomprendible—; ya por esa multitud de papel impreso, por esa infraliteratura barata de quiosco callejero, producida *en serie* para las masas.

Y aquí es donde se nos presenta ese panorama vastísimo de novelas de aventuras y policíacas, en las que, las más veces y por añadidura, ni el suelo ni los bandidos son siquiera españoles, sino el Oeste y los "gangsters" norteamericanos.

El genial Edgar Poe, cuando escribió, en 1841, el *Doble asesinato de la calle de la Morgue* —en realidad, la primera novela policíaca— no pensó, por lo visto, que iba a producir en torno suyo, y hasta un siglo más tarde, tal legión de autores y de novelas de este género, del que, según una conocida frase, "si se pudiesen reunir todos los detectives de estas novelas, la delincuencia habría desaparecido". Pero no es así, desgraciadamente. Por el contrario, la delincuencia juvenil, e incluso infantil, aumenta merced a la lectura —y, sobre todo, a la contemplación en el *cine*— de muchas de estas novelas, donde la maldad, la amoralidad, los instintos primarios o las bajas pasiones se exaltan, a veces con una aureola de triunfo o de apoteosis.

Es cierto que una novela policíaca o de aventuras, escrita con dignidad literaria, puede plantearnos problemas que agudicen o estimulen nuestra observación o capacidad de conocimiento.

Mas para esa multitud de adolescentes sin formar todavía, que imaginativamente pueden aspirar a ser lo que son esos bandoleros, esos "gangsters", esos hombres primarios y elementales del Oeste, esos hampones rotos y sucios de los bajos fondos de las ciudades, para tal multitud de adolescentes estas novelas son el opio que insensibiliza y, que al delibitar o relajar el sentido moral, llegan a producir en ciertos casos una delincuencia efectiva.

Pensemos también en las jovencitas. Para ellas se ha inventado otra especie de novela denominada *rosa*, a causa del daltonismo literario que padecemos. Mas no sería justo despreciar esta novela por cuanto de positivo pueda matizarla el adjetivo *rosa*. Me refiero al sentido moral que debe campea en ella, y aun a ese final —como de *clisé* fotográfico— siempre feliz. Tales serían, en realidad, los más positivos valores, aunque reiterativos y monótonos, de un tipo o patrón ideal de novela *rosa*. Pero lo lamentable, lo indignante a menudo, es

la abundancia, en un 80 ó un 90 por 100, de una novela, antes que *rosa*, estúpida, *prefabricada*, falsa y absurda, sin otro valor que el comercial, pero encubierta, eso sí, bajo el disfraz de una moral fingida y acomodaticia. La fofiería, la pésima calidad estética, la inconsistencia, o, más bien, la falta de auténticos valores morales, el ambiente no pocas veces exótico y mal copiado de autores extranjeros, la irrealdad forjadora de vanas y disparatadas ilusiones —en edad tan propicia a ellas—, todo esto hace de la novela *rosa* al uso, y en términos generales, uno de los tipos de la más lamentable infraliteratura, tan nociva o más para la formación de las jóvenes que las truculencias de las novelas policíacas y de aventuras para los muchachos.

* * *

Aunque los españoles —todavía un poco celiberos— somos algo refractarios a las estadísticas, convendrá recordar aquí unas cifras recientes y bien expresivas, por cierto, de la extensión abrumadora de toda esta literatura barata de quiosco callejero.

Sirva, como punto de referencia, un dato de todos conocido: la tirada media de un libro es hoy, en España, de dos a tres mil ejemplares. Me refiero, claro está, a obras de cierta dignidad literaria. Pues bien: en el año 1943 se inició *El Coyote*, y en 1950 se habían publicado ya 110 títulos de esta serie. Debo añadir que *El Coyote* ha llegado a tiradas anuales de 50.000 ejemplares en su edición castellana (para España y la Argentina); de 100.000, en la edición alemana, que hace Bobby Pagel; 60.000, en la italiana, a cargo de Cesare Solini, y otros 60.000 en la edición francesa, últimamente comenzada. Tengo noticias de que está a punto de editarse —si no lo ha sido ya— en Inglaterra y en Dinamarca. Por otra parte, la primera edición de *El Coyote* se agotó en una semana, y este nombre ha rebasado la popularidad de los quioscos callejeros para bautizar a determinados "clubs" infantiles, e incluso a marcas de muñecos y de cigarrillos puros...

En un reciente editorial de la revista *Ecclesia* (15)— se calcula que "diariamente salen a nuestro mercado cinco títulos de *literatura barata*, que a una tirada media de 10.000 ejemplares (calculando muy bajo), hacen, en números redondos, más de 18 millones de ejemplares anuales en circulación, los que, además, van pasando de unas manos a otras a base del intercambio, alquiler y compraventa organizados".

Todas estas cifras se comentan por sí solas. Pero existen otras cifras, imposibles de calcular con exactitud y abrumadoras por lo que significan: me refiero a tantos y tantos millares de adolescentes que ven y oyen en la pan-

talla buena parte de esta lamentable infraliteratura. Y la ven y la oyen —para gran número de muchachos es la más cómoda manera de leer— con ese poder de sugestión que ejerce el cine, tan atrayente y cautivador, porque todo lo dice y lo insinúa mediante imágenes vivientes y porque en sus inmensas posibilidades de paisajes, fondos y ambientes, de primeros planos, artificios y convencionalismos, tiene el poder mágico de hacer penetrar por los ojos y los oídos del espectador las páginas de un libro, pero sólo a veces de un buen libro, y muchísimas más, y esto es lo peor, de esa literatura barata que nunca debió escribirse.

Por otra parte, para muchas personas de nuestro tiempo, y en especial para los jóvenes, el cine va dejando de ser una diversión —una evasión de lo cotidiano— hasta convertirse en una necesidad u obligación, como lo son el comer, el ir a la oficina o al instituto. Y he aquí cómo ese maravilloso y universal invento que es el séptimo arte viene a difundir el libro impreso en nuestro siglo, a través de la pantalla, lo mismo que aquel otro maravilloso invento —la imprenta— multiplicó, desde el siglo xv, los viejos códices que, desde entonces, se veneran como joyas de museo en las bibliotecas.

También se une otro mágico invento —el de la radio— para difundir más y más el libro. Y así no es extraño que abunden ya hoy esas personas ingenuas y sencillas, muchas que apenas han leído nunca y aun algunas que no aprendieron a leer, que esperan, afanosas y ávidas de emociones, esa hora maravillosa de las 6,45 o de las 11 y 30, cuando el locutor les anuncia que va a comenzar el noveno episodio de algún terrible folletón convertido en novela más o menos radiofónica...

FINAL: LITERATURA DE URGENCIA
(LITERATURA PARA TODOS Y PARA SIEMPRE)

Hemos visto que al lector medio de hoy le ocurre algo parecido de cuanto sucede a los que antes viajaban plácidamente en segunda clase, pero que ahora prácticamente no pueden hacerlo. El viajero encontraba en el vagón de segunda un coche discreto y limpio, un público agradable y correcto y un precio asequible. Como la prisa era menor que la actual, no le importaba mucho al viajero el tiempo del viaje. Ahora tiene que optar entre la costosa rapidez y comodidad del automotor o la sufrida y lenta incomodidad de un tercera, algo más económico. Lo que ya no resulta hoy es viajar en segunda. El lector de hace treinta o cuarenta años, por ejemplo, podía elegir desde Gabriel y Galán a Juan Ramón Jiménez, o desde Palacio Valdés hasta "Azorín"; pero el lector de hoy se encuentra ya ante una incomprensible exquisitez poética, ya ante un tremendismo más o menos freudiano o existencialista, ya au-

te esa multitud de novelas policíacas, rosa o del Oeste.

No quiero decir que la literatura que yo llamo de urgencia deba llenar las necesidades que en el otro plano de los viajes llenaba antes un vagón de segunda. Por el símil es fácil de comprender y expresa gráficamente ese sentido de decoroso término medio, de ponderación, de exacto fiel de la balanza literaria, tan alejado de los libros para minorías como de los libros para masas. Sería conveniente que pudiéramos viajar en segunda. Y que muchos escritores de hoy escribieran libros para todos y para siempre. ¡Qué cosa más fácil y sencilla, por otra parte! Sólo que para ello hay que nacer escritor, tener vocación de escritor y poseer también un generoso concepto de lo que debe significar —en el triple aspecto estético, ético y social— la misión del escritor. Hacen falta no "libros de un momento", sino "libros de todo momento", como pretendía Ruskin. Sin exquisiteces alambicadas, sin rebuscados *tremendismos*, sin ramplona o chabacana vulgaridad puede y debe seguirse escribiendo, hoy y siempre. Y el escritor, naturalista o idealista, crudo y sutil, fuerte o delicado, ha de mostrar consigo mismo al hombre. Que detrás de cada libro haya un hombre. Si detrás de ese hombre existe un verdadero poeta, "el poeta —como ha dicho André Maurois (16)— será capaz de modelar y animar el mundo". Mas para modelar y animar el mundo de hoy hace falta con urgencia una literatura más sana, más sencilla, más ponderada, en la cual caminen juntos la cabeza y el corazón.

Para contribuir desde arriba a fomentar este clima literario haría falta cuidar muy bien de dos cosas: de matizar la censura y de robustecer la crítica. En cuanto a lo primero voy a recoger, por considerarlas mejores que las mías, estas observaciones, atinadas y exactas, de José María García Escudero (17): "La censura, ¿puede bastarle a la moral? El arte, ¿será necesariamente la triste avejilla prisionera *tras los negros barrotes de la censura?* Arte a secas, ¿es inexcusablemente arte sin censura?" Y más adelante dice: "Hay una censura oficial que no la forman sólo unas clasificaciones, ni los criterios de estos o aquellos organismos, sino los escritores y los críticos, las familias y las conversaciones, los públicos y, en definitiva, los hábitos de pensar y sentir todo un pueblo".

He aquí cómo la educación social, el civismo, el buen gusto y el hondo sentimiento moral y religioso de un país son, en definitiva, los generadores de una auténtica literatura, de esa literatura de urgencia para todos y para siempre. Creo, con García Escudero, que cada tipo de lector debe tener su censura distinta de las demás, no sólo cuantitativa, sino cualitativa-

(16) *Un arte de vivir*.

(17) "Censura y libertad", artículo en *Arbor*, número 88, noviembre de 1952.

mente; creo, asimismo, que mientras existe el peligro de que el escritor considera que jamás necesita censura alguna, el censor debe comprender que "también la libertad es un valor". En una palabra, la misión de la censura es evitar el error, para lo que no sólo es necesario cortar, sino meditar. Y para que la censura no se limite a podar lo escrito, debe orientar a través de una crítica auténtica más robustecida que la actual.

Se ha dicho, peyorativamente, que los críticos son artistas o escritores fracasados. Sin embargo, no se ha pensado lo bastante en lo difícil que es ser un buen crítico y en la trascendente misión estética, ética y social de una crítica auténtica.

En realidad —hecha alguna excepción, no por escasa menos valiosa— hoy apenas existe la crítica. Al año se vienen publicando en España, como promedio, unos cuatro mil libros. Pues bien: tan sólo algunas docenas, algunos centenares, cuando más, se reseñan en los periódicos. ¿Por qué no se hace la crítica, seria y objetiva, de todos los libros para general conocimiento y orientación del público? ¿Por qué no se citan, cuando menos, las obras que carezcan de interés, destacándose las que lo tengan? ¿Por qué tanto elogio para el amigo, tanto silencio para el desconocido, o algunas veces ese tono de benevolencia que a nada conduce? La literatura pide también, con urgencia, una crítica amplia y general, serena y objetiva, que eleve y encauce el tono de cuanto se publique.

Por otra parte, ahora que hay tantos concursos literarios, ahora habría ocasión —¿qué importarían al mundo unos cuantos concursos más!— de fomentar mediante ellos ese clima urgente que reclama la literatura. Y entíndase bien, que no me refiero, ni mucho menos, a esos concursos cuyas bases exigen el cumplimiento

de una tesis social, o quien sabe si la necesidad de que la obra termine en boda. No. De esa manera acabaríamos también matando a la pobre literatura, tan maltrecha y asendereada. Lo que sí podría fomentarse mediante tales certámenes —dentro de la mayor amplitud temática y con toda la libertad exigible y permisible en el arte— son esos valores eternos que jamás deben faltar en la literatura: la sencillez, la naturalidad, la higiene moral, la simpatía, el calor y la emoción humana, el buen gusto, el optimismo velado con gotas de ternura y de humor.

"Lo que importa —como ha dicho Henri Mas- sis (18)— es rehacer la persona humana, restablecer la jerarquía del ser, defenderla contra todos los errores que la debilitan y no tienden más que a destruirla."

En esta hora de un mundo descentrado, hace falta —con urgencia— una literatura capaz de elevar el espíritu. España, que atesoró siempre incalculables reservas de espiritualidad, puede figurar en la avanzada de esta urgente y necesaria regeneración del clima literario universal.

Los escritores deben tener hoy bien presentes aquellas hermosas y aleccionadoras palabras de Rabindranath Tagore (19): "Ante todo, no perdáis la fe en vuestro ideal. En la hora presente, el pesimismo, más que nunca, debe ser desterrado. Sed profundamente optimistas, tened confianza. No olvidéis que la fe es esencialmente creadora." Y como deseaba este gran poeta, en su "Ofrenda lírica", debemos andezar nuestra vida y nuestra literatura, "al igual que una flauta de caña, sencilla y derecha, y toda llena de música".

(18) *Defensa del Occidente.*

(19) *Humanismo y nacionalidad.*